



Mensaje de Adviento 02.12.18 Conferencia Episcopal de Nicaragua

“Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y de todo consuelo, que nos consuela en todos nuestros sufrimientos para que nosotros podamos consolar a todos los que sufren con el consuelo que nosotros mismos recibimos de Dios.” (2 Cor. 1,3-4)

A nuestros hermanos de la Iglesia católica que peregrina en Nicaragua, a los hermanos de otras Iglesias y Comunidades Eclesiales, a los seguidores de otras religiones, a los hombres y a las mujeres de buena voluntad comprometidos en el servicio al bien común.

Las lágrimas de nuestro pueblo son las lágrimas de Dios. Él camina con nosotros en medio del dolor y se solidariza con nuestro sufrimiento (cf. Ex 33,1-16; 34:8-10; Dt 4, 1-7). En efecto, en la muerte, en las desapariciones de cualquier ser humano, en la detención y en la cárcel injusta, en el exilio forzado de la familia, en la manipulación de la conciencia sobre todo a través de algunos medios de comunicación y redes sociales promotores muchas veces de falsas noticias y en la división del pueblo, Dios mismo ha sido negado. Nos preguntamos si un nuevo horizonte para una Nicaragua mejor es posible dado el aumento alarmante de los índices de violencia en el país y la manera agresiva cómo aún entre hermanos se esconde el deseo de venganza.

En medio de este panorama la Iglesia de Cristo permanece y espera en su Señor. La óptica de la fe es la que nos permite esperar contra toda esperanza (Rm 4, 18-21). Dios tiene la última palabra sobre la vida y la historia de los pueblos y por lo tanto de nuestra propia Patria.

De esta manera, los Obispos vislumbramos que:



1. Surge un nuevo horizonte para los nicaragüenses, a través de expresiones que nacen de la preocupación por la persona humana. Los gestos de solidaridad, de amor y de perdón son clave para enfrentar la violencia que busca generar círculos de muerte. En efecto, asumir *lo humano fundamental* es una forma de lucha cívica sobre todo cuando todos tomamos seriamente la libertad de expresión, la protesta pacífica, etc. Los cristianos hemos de redoblar nuestra vida de oración y testimonio ante el temor y el pesimismo que intenta imponerse, primero en los corazones y luego en los estratos de la vida humana incluyendo a nuestras comunidades cristianas.
2. Podemos afirmar que la situación actual ha puesto al descubierto la realidad de nuestra nación.
3. El diálogo como salida pacífica sigue siendo necesario. Por ello, no hemos de olvidar que reconstruir una nación requiere de expectativas de futuro, recordando que la esperanza de “lo totalmente novedoso” puede acontecer en Nicaragua.

En realidad, todos hemos sido afectados por esta crisis social. Esta triste realidad nos permite romper con el velo de la indiferencia para asumir la responsabilidad que nos compete como hijos de esta Patria. Nadie ha de quedarse con los brazos cruzados ante el dolor de quienes aunque siendo adversarios no dejan de ser hermanos.

En medio de la injusticia nuestra mirada debe permanecer firme en Jesucristo, pues estamos convencidos que la inhumanidad solo puede venir de la falta de conversión. La búsqueda de soluciones pacíficas para la situación nicaragüense ha de pasar por una auténtica conversión a Él. Esta es una hora decisiva para quienes profesamos la fe cristiana. Estamos llamados a hacer ruptura con los egoísmos personales para ser a la manera del Maestro.

Jesús, con sus hechos y palabras, defiende los derechos del hombre y, sobre todo, los derechos de Dios para el hombre. Su vida está transida por una pasión desbordante por el ser humano. El vino a liberarnos de la esclavitud del pecado y de la muerte. Él nos abarca a todos con su amor y nos invita a reconocernos como hermanos.



Desde nuestra fe en Jesucristo, rey del universo y de Nicaragua, afirmamos que Dios da así a los hombres el ser causas inteligentes y libres para completar la obra de la Creación, para perfeccionar su armonía para su bien y el de sus prójimos. Los hombres, cooperadores a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden entrar libremente en el plan divino no sólo por sus acciones y sus oraciones, sino también por sus sufrimientos (cf. *Col 1, 24*). Entonces llegan a ser plenamente "colaboradores [...] de Dios" (*1 Co 3, 9; 1 Ts 3, 2*) y de su Reino (cf. *Col 4, 11; Cf. CEC 307*).

En consecuencia, cada nicaragüense creyente o no ha de colaborar con sus acciones para que la voluntad de Dios se instaure entre nosotros. Incluso el mismo dolor asumido con sentido, se constituye en medio para hacerle frente a la injusticia y la opresión.

El papa Pio XII recordó al mundo que "nada se pierde con la paz; todo puede perderse con la guerra". La paz es un don de Dios que hemos de pedirlo con insistencia y de rodillas. Pero, a la vez, es una tarea que hemos de asumir valientemente. Los nicaragüenses ya sufrimos en carne propia los embates de la lucha fratricida. Esto no nos hizo más humanos, al contrario, abrió heridas que aún no han sido curadas y que todavía supuran odio y violencia.

Por esa razón exhortamos a los nicaragüenses a no dejarse seducir por soluciones inmediatistas, sino actuar cívicamente porque la nueva Nicaragua necesita de líderes no violentos que conquisten, de la mano de Dios, metas de libertad y justicia. La *no violencia* activa rompe la lógica bélica en la que se ha enfrascado el mundo actual, donde las armas valen más que la persona humana.

La intención fundamental de la Iglesia es la gloria de Dios mediante la salvación integral del ser humano. Siempre apuesta por la persona humana, por su desarrollo y por el bien común. De ahí que es nuestro deber proponer, a la luz de la doctrina social, directrices que han de guiarnos en la búsqueda de caminos alternativos. Ningún cristiano puede casarse con las ideologías de turno. Esto es incompatible con el seguimiento de Jesús, pues no se puede servir a dos señores (Mt 6, 24).

Es de vital importancia reconocer que la situación nacional, por más caótica que sea, nos presenta varias oportunidades que hemos de aprovechar.



1. Hoy más que nunca, hemos de volver a nuestras raíces nicaragüenses. Sobre todo, a las raíces cristianas. Nuestro pueblo ama de manera especial al Santísimo Sacramento, a la Virgen María y al Santo Padre. Por ello, ante las campañas de desprestigio y deshonra de las personas de Iglesia debemos responder con mayor oración, penitencia y testimonio de vida.
2. Una de las cosas más tristes en medio de este conflicto es perder la identidad. Los nicaragüenses hemos de recordar que somos reconocidos por el espíritu de solidaridad y hospitalidad de ahí, que en estos momentos es oportuno ejercitarnos en las obras de misericordia. Este ejercicio ha de estar dirigido a todos sin excepción.
3. Hemos de recordar que el anhelo de una Nicaragua mejor debe buscar el bien común, la justicia y la paz. Por tanto, todo lo que hagamos y pensemos debe ser en beneficio de la persona humana. Nunca en base a los intereses económicos y políticos, de unos pocos. Esta óptica dará un vuelco a la situación y permitirá unir fuerzas para actuar como hijos de Nicaragua, donde todos participemos activamente en acciones comunes sin exclusión alguna.
4. Recordamos que estamos ante una crisis que tiene profundas raíces en el pecado estructural o social. Por ello, llamamos a la conversión a todos. Solo asumiendo el modo de ser de Cristo tendremos una perspectiva justa que busque el perdón y la reconciliación entre hijos de una misma nación. Esta senda ha de ser abonada con las exigencias de la justicia y el camino que conduce a la verdad: justicia y verdad, representan los requisitos concretos para la reconciliación. La justicia es “la actitud determinada por la voluntad de reconocer al otro como persona” (Compendio de la DSI, 201).
5. El mundo actual necesita también el testimonio de profetas no armados. Este principio de caridad evangélica debe ser nuestra fortaleza y aunque actúa paulatinamente y de manera silenciosa apunta a fundamentos sólidos.



6. En este sentido se inscribe el diálogo que debe estar orientado a abrir nuevas perspectivas donde no las hay. Esto requiere coraje, audacia, respeto al otro y sobre, todo, mucho amor a la Patria. Por tanto, un buen político es aquel que, teniendo en mente los intereses de todos, toma la oportunidad de dialogar con un espíritu abierto. Un buen político en este sentido, opta siempre por generar procesos más que por ocupar espacios (Cf. EG 222-223)
7. Reconocemos, además, que en el diálogo con el Estado y con la sociedad, la Iglesia no tiene soluciones para todas las cuestiones particulares. Pero junto con las diversas fuerzas sociales, los obispos estamos dispuestos a acompañar las propuestas que mejor respondan a la dignidad de la persona humana y al bien común. Con el diálogo hay futuro, sin él todo esfuerzo se enruta al fracaso. Afirmamos convencidos que el diálogo es la salida pacífica a esta crisis socio-política.

El corazón de Jesús "sabe que una de las peores amenazas que golpea y golpeará a los suyos y a la humanidad toda será la división y el enfrentamiento, el avasallamiento de unos sobre otros. Hoy queremos entrar con Él en este huerto de dolor, también con nuestros dolores, para pedirle al Padre con Jesús: que también nosotros seamos uno. La riqueza de una tierra nace precisamente de que cada parte se anime a compartir su sabiduría con los demás. No es ni será una uniformidad asfixiante que nace normalmente del predominio y la fuerza del más fuerte, ni tampoco una separación que no reconozca la bondad de los demás. No es un arte de escritorio la unidad ni tampoco de documentos, es un arte de la escucha y del reconocimiento. Esto nos introduce en el camino de la solidaridad como forma de tejer la unidad, como forma de construir la historia. Por eso pedimos, Padre, haznos artesanos de unidad (cf. Papa Francisco 17.01.2018).



Confiarnos a la Purísima Madre de Cristo y Madre nuestra este mensaje que con todo afecto les hemos dirigido, rogándole que ponga su valiosa intercesión para que encuentre acogida en los corazones de todos los nicaragüenses, de tal manera que podamos juntos construir una nueva sociedad iluminada por los valores del Reino.


Dado en nuestra sede, a los dos días del mes de diciembre del 2018.

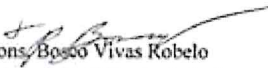

 + Cardenal Leopoldo José Brenes Solórzano
 Arzobispo Metropolitano Arquidiócesis de Managua
 Presidente




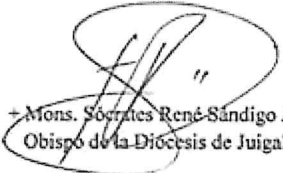

 + Mons. Pablo Schmitz OFM Cap.
 Obispo de la Diócesis de Bluefields
 Vicepresidente

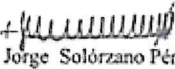

 + Mons. Juan Abelardo Mata Guevara
 Obispo de la Diócesis de Estelí
 Secretario General

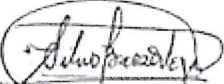

 + Mons. Rolando José Álvarez Lagos
 Obispo de la Diócesis de Matagalpa
 Tesorero General

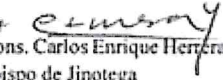

 + Mons. Bosco Vivas Robelo
 Obispo de la Diócesis de León


 + Mons. David Zywiec Sidor OFM Cap.
 Obispo de la Diócesis de Siuna


 + Mons. Sócrates René Sándigo Jirón
 Obispo de la Diócesis de Juigalpa


 + Mons. Jorge Solórzano Pérez
 Obispo de la Diócesis de Granada


 + Mons. Silvio José Báez Ortega
 Obispo Auxiliar Arquidiócesis de Managua


 + Mons. Carlos Enrique Herrera Gutiérrez
 Obispo de Jinotega